

## COMENTARIO PRELIMINAR

Fr. Anderson. Valle de los Caídos, Madrid, 18 de Mayo de 2019

Qué alegría supone para mí estar aquí y verlos reunidos en este sitio dichoso de recuerdo espiritual y oración, la Abadía de la Santa Cruz de Los Caídos. Agradezco al abad, P. Santiago Cantera, O.S.B. por su calurosa hospitalidad. Vuestros rostros jóvenes me recuerdan mis tiempos de estudiante en la Universidad de Kansas... Pero aquello fue tanto tiempo atrás... Yo sólo querría poder hablarles en su muy hermosa lengua española, en castellano. Tendremos que hacerlo, en adelante, lo mejor que podamos. ¡Es una pena que no podamos hablarnos en latín!

### LA GRAN CONVERSACIÓN

Cuando en el año 1995 una reunión juntó tres viejos profesores y unos ciento cincuenta (150) alumnos del Programa Integrado de Humanidades de la Universidad de Kansas, sucedió en un instante algo revelador, precioso. Una de las actividades planeada para la reunión era una lectura, justo como las que habíamos hecho en los años setenta (1970), como si, tal vez, las experiencias de aquellos años pudieran, de pronto, renovarse. Se encontró un lugar adecuado, y allí nos juntamos todos. En el momento exacto, los profesores dispusieron tres sillas en el centro de la sala, así como hubieron hecho tantas otras veces a la semana cuando enseñaban el Programa Integrado de Humanidades. Los tres viejos amigos se sentaron allí, por un momento contemplando a quienes habían sido sus alumnos, los alumnos del Colegio Pearson –ahora varones y mujeres marcados por la experiencia, casados casi todos, cargados de las responsabilidades y cruces que las edades maduras llevan consigo, pero repletos de recuerdos afectuosos de su tiempo en el Programa. Los profesores sopesaron la escena, ojeando tantas caras reconocidas; de vuelta, los alumnos pensaban en sus viejos maestros. Fue John Senior quien, al fin, rompió el silencio, pronunciando unas palabras que echaron la casa abajo: “*Decíamos ayer*”. ¡Y eso era justamente lo que ocurría! El Programa Pearson no había sido sino **una larga conversación**, un diálogo de los corazones en las mentes sobre los grandes clásicos de la literatura universal, algo que nunca acaba realmente, porque el tiempo marcha hacia la eternidad. Y esa misma conversación, esta misma, está todavía abierta a quien quiera unirse, hoy en 2019, como en 1971.

¿No es acaso esta una idea interesante: que, en cierta forma, en realidad, hay un hilo en la conversación, recorriendo lo que nosotros llamamos “*la Civilización occidental*”, una conversación sobre “lo mejor que se haya pensado y dicho”<sup>1</sup>, un diálogo que ya ha durado dos milenios y medio? Es como si Sócrates estuviera hablando con Shakespeare, Herodoto, el padre de la Historia, comentando episodios con San Agustín, o Cicerón disputando en retórica con Cervantes. Es posible aún que escuchemos a Rodrigo Díaz de Vivar hablándole a Chaucer acerca de *El Cid*. Quizá, Jane Austen hablando a la Señorita Prim, aquella mujer

---

<sup>1</sup> Matthew Arnold, *Culture and Anarchy*, 1869.

moderna que intenta entenderlo todo. Pero, sobre todo, ¿qué tal si, hombres y mujeres aquí reunidos –vosotros, todos vosotros en particular– estuvierais a punto de entrar en esta conversación sublime? Pienso que esto es, precisamente, lo que os esforzáis en conseguir en este curso de estudios abiertos. Debo añadir que los monjes benedictinos a los que pertenezco y a cuyo monasterio hemos venido hoy para entablar la Gran Conversación, que ellos ya llevan largo tiempo, por su parte, en la conversación, a su propio modo, a su modo monástico.

A decir verdad, la universidad a la que muchos de vosotros estudiáis, o habéis estudiado se le supone, según su propio nombre, su etimología latina *uni-versus*, un “volverse a la unidad”, a la unidad de la Verdad, de la Sabiduría. En el corazón de estas dos palabras, “universidad” y “conversación”, hay también una misma raíz latina: *versatio*. Un lugar de altos estudios no es –aunque a menudo lo sea en nuestros días– un **“multiverso”, donde no hay Verdad** porque toda verdad se pretenda relativa. Podría añadir aquí otra comparación, el hecho de que en nuestra terminología monástica la palabra tradicional para describir la vida monacal sea precisamente “conversación, *conversatio*”, palabra en que los monjes veían el equivalente a conversión, *conversio*. Conversación en el mejor sentido es, de hecho y de cierta forma, **una conversión, un viraje, juntos, hacia el Bien, la Verdad, y la Belleza**, que son parte de una unidad cierta, como atributos de la Divinidad.

Ya mismo, antes incluso de evocar la Fe de Cristo, puede tenerse una gran conversación y una gran conversión, un gran giro hacia las realidades nobles en el nivel natural; antes incluso de considerar la cuestión de la Revelación divina. En efecto, como muchos de ustedes sabrán, el poeta Dante, en su obra maestra, *La Divina comedia*, nos presenta un asombroso descubrimiento en el Primer Círculo del Infierno. Esto es, el ***Limbo de los paganos***, de los no bautizados, quienes habitan el lugar coronado por un hermoso castillo, apacible morada, también, de los grandes poetas, filósofos de la Antigüedad precristiana. Ellos no tienen tormento en esta parte alta del Infierno, salvo la exclusión que sufren de la visión beatífica de Dios. Virgilio, guía de Dante por el inframundo, explica a su pupilo que él pertenece a ese lugar donde, con los otros, “vivimos extraviados y sólo afligidos por el vivir llenos de deseo, mas sin esperanza alguna”.

Como cristianos, sin embargo, tenemos acceso a una conversación incomparable, una que incluye la referencia sobrenatural a la Divina Revelación, el medio de conocimiento más alto a este lado del Cielo. No sólo somos capaces de abrir las páginas de la Biblia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, sino que tenemos una abundante literatura de comentarios sobre estas páginas escritas por huestes de santos como San Agustín, Santo Tomás, el Aquinate, y todos aquellos santos que marcaron la huella en esta tierra española; incluyendo al menos dos Doctores de la Iglesia, San Juan de la Cruz y Sta. Teresa de Ávila. Toda esta literatura, pese a escribirse hace siglos, no es una simple colección de fósiles del pasado: rebosa de la filosofía y la poesía de los corazones ardiendo por el sublime Amor.

A fin de condensar lo dicho, y decir algo diferente de lo que hasta aquí he intentado comunicarles, me reafirmo en que hay una unidad del conocimiento de la Verdad, y una arquitectura unificada de las ideas que han levantado nuestra cultura occidental; y que, de hecho, recogen, al fin, **la suma de las sabidurías de todas las edades y lugares**, asumiendo

lo mejor de los patrimonios culturales, bajo el signo de Cristo Rey, Señor del Cielo y de la Tierra.

Esto es también decir que estamos llamados a dejar atrás aquello que dijera el filósofo Platón por boca de Sócrates, la **“vida incontestada”, aquella suerte de vida humana sin sentido** que no puede explicar su propia existencia en forma alguna, una vida ciega en cerebros sin luz. No; estamos llamados a un plano más alto de la existencia, y comienza con la Gran Conversación. Una de las grandes características espirituales de esta conversación es lo que los filósofos, teólogos y poetas llaman asombro.

Volveremos sobre ese concepto.

Puedo sin embargo, vislumbrar ahora vuestros pensamientos. Estoy hablando a la gente joven del s. XXI. Podéis tratar el día a día con el espíritu del mundo, con una **perspectiva mundana, que es diametralmente opuesta a esta otra** que he procurado esbozar a grandes líneas con torpes brochazos. No; los críticos, pensáis, no dejarán a este monje marcharse con estas cosas fantasiosas. La objeción no es nueva: va unida, mal que bien, a la misma conversación. En la *República* de Platón, el sofista Trasímaco contradice sin piedad a Sócrates, de quien se mofaba por unas ideas de Justicia y Verdad en el sentido en que las hemos conversado. Y Sócrates enfrentó la oposición de los sofistas; Nuestro Señor Jesucristo, siglos después, **enfrentó las críticas de los fariseos y saduceos**.

En nuestros días, este espíritu de rechazo crítico de la Verdad está en todas partes. Se ha cernido sobre el mundo como la horda de los molinos malignos. Uno no puede lanzarse en público con afirmaciones valientes del Bien, la Verdad y la Belleza –o así parece. De acuerdo con el prof. Dennis Quinn, quien gastó gran parte de su vida investigando la cuestión del asombro –estudió muchas veces aquí, en España– esta mentalidad crítica que reina soberana en nuestros días, podría describirse de la siguiente manera:

«**La mentalidad crítica es quizá el hábito de la mente que mejor se encuadra en la antítesis del asombro.** El crítico es sofisticado, mientras el asombrado, ingenuo, cándido, henchido de confianza, crédulo, simple. El crítico es el cabezota de William James, quien se regodea desacreditando aquello que otros contemplan con admiración, quien se piensa superior a los objetos que examina, sea Mozart o el cosmos, y quien exige que todo se pruebe, que ninguna autoridad –salvo la suya– deba obedecerse... El criticismo es hoy el sinónimo virtuoso del escepticismo. En la mente criticista al acusado se le considera culpable hasta probar su inocencia»<sup>2</sup>.

No puede sortearse la dominación de este espíritu crítico de nuestra época. Se ha convertido en **principio universal de la corrección política**, y el que anima las ideologías que poderosamente inspira en nuestro día **lo que el papa Benedicto llamó la dictadura del relativismo**. Si no sabes bien qué significa esto, mira alrededor de tu España moderna y lo verás, aquí y en los círculos de las gentes de mayor influencia. ¿Qué hacer? ¿Debe acabarse la Gran Conversación? ¿Ha muerto el asombro? ¿Es la Verdad una mera ilusión?

---

<sup>2</sup> Dennis Quinn. *Iris Exiled. A Synoptic History of Wonder* (Lanham. University Press of America, 2002), p. 175.

Tanto es así en este punto que, en una disputa típica acerca de la verdad, Sto. Tomás de Aquino plantea en su *Sed Contra*, un argumento de autoridad que refuta la objeción: ese es el método de la *Summa Theologica*. En nuestra discusión presente, estos *Sed Contra* podrían ser **el elemento efectivo de contraataque** frente a los enconados esfuerzos de los sofistas y fariseos de nuestro tiempo por erradicar de los corazones y mentes de los hombres la luz de la Verdad –en fin, la luz y el amor de Dios.

Son muchos los argumentos de autoridad para refutar los dogmas de la dictadura del relativismo o, si se prefiere, del Modernismo, al decir del papa S. Pío X. **El sentido común, para empezar, es, pese a haberse olvidado, el más fuerte de todos.** Tenerlo enraizado en la Ley natural, en el suelo firme de la realidad, es el más precioso comienzo –comienzo del que, me temo, muchos niños en nuestros días no pueden beneficiarse por culpa de las ideologías de los profesores de las escuelas públicas, y aun de algunas católicas. **Crear en Dios, en el Credo, es más importante que la refutación de los modernos**, al menos para quienes se consideran cristianos.

El agnosticismo y el ateísmo de **lo que hemos llamado en Norteamérica *liberals*** es realmente una posición intelectual desesperanzada. Querría aportarles un *Sed Contra*, de razón bien mundana, sobre por qué los enemigos de la Gran Conversación caerán derrotados. La prueba es el mismo hecho de que ustedes estén hoy aquí, escuchándome...

De la misma manera, otros pequeños proyectos como el vuestro, **que implican una vuelta a los clásicos**, están brotando en América. Oigo uno nuevo casi cada día. En ocasiones, tienen que ver con el legado cultural de mi antiguo mentor, John Senior; pero no es sólo sobre su enseñanza. **La educación moderna es área de desastre**: las nuevas generaciones no aprenden casi nada; aunque han creado una vía sin precedentes de acceso al conocimiento bruto. Esto es como decir que las gentes jóvenes, aunque saben más y más, están peor y peor educados, cada vez incapaces de “ver el bosque a causa de los árboles”, incapaces de alcanzar cualquier forma auténtica de saber. Al contrario, los buscadores de dinero los utilizan en internet y otros sitios; víctimas de los nuevos sofistas, quienes venden lo que sendos papas llamaron *cultura de la muerte*, la cultura de la contracepción, del aborto y de la eutanasia.

Sólo podrán engañar a los jóvenes por poco tiempo. Muchos comienzan a clamar por su herencia cultural auténtica, por su **legítima herencia**. Esta reacción es quijotesca de una manera real, una carga contra los molinos de viento de la tecnología avanzada, pero no es una locura. **Es nuestro mundo moderno el que se ha vuelto loco.**

Entonces, no debemos preocuparnos demasiado por los críticos que interrumpirían nuestra Gran Conversación, por los que siguen el camino de los escépticos, el de los que niegan la civilización occidental y la Cristiandad, planteando que la vida básicamente no tiene sentido, que es absurda. Afirmar lo absurdo de la vida humana no proporciona respuesta alguna; al contrario: es la afirmación más absurda de todas.

Aristóteles nos enseña que el hombre naturalmente desea saber. Y anhelamos la existencia de una Verdad que no sea solo fragmentaria y relativa. Hay una especie de prueba

de la existencia de Dios en esto. Santo Tomás incluso dice que tenemos un conocimiento habitual del acto mismo de ser que nos hace existir y, por lo tanto, tenemos un cierto conocimiento habitual, corriente (no explícito, no real) de Dios. De hecho, tiene sentido que haya una unidad y un propósito para estos cien volúmenes que llamamos *Los Grandes Libros*, y estos mil que podríamos llamar con John Senior *Los Buenos Libros*.

La Gran Conversación se resume en esta colección de libros increíbles. Pero tal vez deberíamos intentar profundizar más y tomar unos momentos para buscar lo que está en el corazón de toda esa literatura. **¿Hay un mensaje central en particular?** Bueno, si hay unidad en la conversación (a pesar de la gran variedad de autores, tiempos y maneras de vivir), debe haber un punto central. Ahora, esto puede ir demasiado rápido y volar demasiado alto, pero no veo una mejor manera de apuntar hacia el centro de la conversación que referirme a la conversación más alta que jamás se haya tenido, una que es eterna y divina. En este sentido existen unos pequeños versos que tal vez conozcáis, de vuestro San Juan de la Cruz:

*“Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma”* (Dichos de luz y amor).

Afortunadamente para nosotros, esta Palabra hablada por el Padre eternamente en un silencio contemplativo fue enviada a la tierra, a nosotros, en la Encarnación. Este es el mensaje del *Prólogo* al Evangelio. “Al principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios”. Lo mismo ocurrió al principio con Dios... “Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros...”. Este Verbo Encarnado es el centro de todas las palabras en todos los libros de la Gran Conversación y en el centro de la Sagrada Escritura, que es la Palabra escrita y constituye la máxima expresión de la verdad.

Y esta Palabra divina no es solo una buena idea, sino una realidad que mueve los cielos y la tierra y a todos nosotros en las profundidades de nuestro ser. Escuchemos lo que dijo San Bernardo de Clairvaux, el gran monje medieval, acerca del realismo de la Palabra Encarnada. Parafrasea las palabras de la Santísima Virgen María en el momento de la Anunciación:

“Hágase en mí, respecto a la Palabra, según Tu Palabra [dice María al Ángel]. Que la Palabra que al principio estaba con Dios, se convierta en carne de mi carne, según Tu Palabra. Ruego **que la Palabra sea para mí no [una palabra] que una vez pronunciada se desvanece, sino que concebida permanezca, revestida de carne y no de aire**. Que sea para mí, [una palabra] no solo audible para el oído, sino también visible para los ojos, una que las manos puedan tocar y los brazos llevar. Y que no sea para mí una [mera] palabra escrita y callada, sino una encarnada y viviente, es decir, no [una palabra] escrita por signos mudos en pieles muertas, sino una en forma humana verdaderamente grabada, viva, dentro de mi casto seno, no por los rastros de una pluma muerta, sino por las marcas del Espíritu Santo”<sup>3</sup>.

Tal es el corazón y la cumbre de esta Gran Conversación, esbozado apresuradamente en palabras humanas pobres. Hay, de hecho, más, mucho más. Nunca agotaremos el

---

<sup>3</sup> San Bernardo en la 4ta Homilía *Super Missus Est* (4,11: PL 183,86).

contenido de esta Gran Conversación, porque en su lugar más secreto se encuentra una Palabra que es Divina, que es infinita. De hecho, como seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios, tenemos una cierta capacidad para el infinito y, por lo tanto, nunca estamos completamente satisfechos con algo finito en este mundo. La Gran Conversación nos orienta hacia una Verdad infinita y es también bondad y belleza infinitas.

Una vez que hemos estado, por un breve instante, en el centro de la Conversación, es una delicia ver cómo se expande hacia afuera para llenar el universo con Verdad y Belleza. Este es el mundo de la cultura en su sentido más noble. Esto es lo que permite la felicidad humana en el camino hacia el Cielo. El gran poeta Homero (el primero de los *Grandes Libros*, realmente) nos brinda una maravillosa descripción de lo que él llama el “ánimo festivo”:

“No creo yo que haya un cumplimiento más delicioso que cuando el ambiente festivo reina en los corazones de todo un pueblo y los convidados escuchan al aedo desde sus asientos, sentados en orden en el salón, y junto a ellos hay mesas cargadas de pan y carne y un servidor trae y lleva vino que ha sacado de las cráteras y lo vuelca en las copas. Esto es a mi parecer lo más parecido a la perfección”<sup>4</sup>.

Esta conversación es realmente más que simplemente leer. Se trata de música en el sentido más amplio (de las Nueve Musas, las hijas de la Memoria en la mitología griega). Se trata de fiestas, especialmente fiestas de boda. Al final de la Biblia, en el gran libro del Apocalipsis, hay una pregunta sobre la fiesta de las bodas del Cordero. ¿Cuál es tu canción favorita? Deberías realmente responder, si te tomas en serio las cosas, que tu canción favorita es la mejor de todas “El cantar de los cantares”. Ahí también los Santos se manifiestan muy elocuentes, pero la cultura que nace de La Encarnación de la Palabra abarca todo lo que es bueno y grande en todas las culturas, especialmente en los grandes países católicos como el vuestro. Tenéis una inmensa herencia, aunque –como en muchos otros lugares– ésta ha perdido el brillo, se ha empañado o apagado. Tan solo necesita un poco de pulido para traerla de vuelta.

Una de las grandes intuiciones de John Senior fue que **el buen maestro necesita llegar a los estudiantes allá donde realmente están**. Descubrió que los estudiantes universitarios habían empezado a carecer de gran parte de lo que se necesitaba para realizar estudios superiores. Hablando de manera práctica, vio la necesidad de instituir una especie de curso de recuperación en aquellas cosas que los niños mayores solían aprender antes de entrar en la universidad.

A los estudiantes nos pareció un poco sorprendente al principio, cuando empezó a organizar el aprendizaje de poesía, cuando nos envió a los estudiantes a mirar las estrellas por la noche, y cuando sugirió que estos hombres y mujeres jóvenes necesitaban experimentar lo que era un verdadero baile de salón con una orquesta en vivo (estaban más acostumbrados a escuchar a Eric Clapton y los súper grupos de música rock). ¡Pero funcionó! Las mentes quedaron atrapadas en este tapiz cultural y se llenaron de asombro.

---

<sup>4</sup> *Odisea*, Bk.9,3-36.

En su primer libro de la Metafísica, Aristóteles (“el príncipe de los que saben”, como lo llamaba Dante) explica que fue esta experiencia del asombro la que condujo primero a los hombres a la Filosofía y a la búsqueda de una verdad superior. San Bernardo de Clairvaux, el gran monje cisterciense de la Alta Edad Media declara en su *De Consideratione*, que “la primera y la más grande contemplación es la de la maravilla causada por la majestad”.

Si no os lleváis hoy nada más con vosotros de esta conferencia, bastaría con que recordarais que el sentido de estudiar los *Grandes Libros* no está en las introducciones académicas y en las notas a pie de página, sino en el hermoso mensaje de los propios autores, un mensaje que es para ti en tu propia vida, algo que debería hacerte admirar el mundo que te rodea y llevarte a mirar más alto. El novelista ruso, Dostoievski, escribió que “la belleza salvará al mundo”. Es esa belleza superior la que estimula el asombro y transforma la vida humana bajo la impresión de la gracia divina.

En una de sus grandes pinturas, el Beato Fra Angélico representa el Juicio Final (San Marco en Florencia, alrededor de 1425), con Cristo en la gloria elevado sobre las tumbas de hombres y mujeres que han sido abiertas. Los condenados son llevados por el lado izquierdo del Señor a los tormentos del infierno, y los bendecidos son invitados a subir por el lado derecho para ser recibidos por los ángeles y los santos. Es conmovedor ver cómo el artista representa a los espíritus benditos que toman de la mano a cada alma buena para llevarla, de la mano al gran baile que está teniendo lugar. Qué imagen más reveladora del significado último de “música”, es decir, de la literatura y de todas las artes y ciencias, de toda la poesía que **culmina en la gran visión de la eternidad que no es solo una visión intelectual sino una experiencia**, como el “humor festivo” de Homero, pero infinitamente mayor. Pero decir algo más sobre eso sería decir demasiado.

Para ser sincero, hay mucho más que me gustaría compartir, pero la conversación que estamos inaugurando hoy no tiene por qué terminar con mi pequeña conferencia, al igual que la Gran Conversación de la civilización occidental y, especialmente, de la Cristiandad no tiene porque terminar jamás. Hay ya mucho propuesto aquí para reflexionar y quizás discutir si tenéis preguntas. Os agradezco vuestra muy amable atención.